

La maleta de Burdeos

El manuscrito llegó a mis manos una soleada mañana de domingo. Después de unos días dedicados a la investigación sobre el exilio republicano en Francia, había decidido dar un último paseo por el mercadillo callejero de Saint-Michel. Los comerciantes acababan de colocar sus puestos alrededor de la basílica, y los camareros de los cafés de la Place Meynard iban y venían con bandejas repletas de croissants y tazas humeantes. Entré en una tienda de antigüedades próxima a la ribera del río Garona sin excesiva intención de comprar, aunque siempre me he dejado llevar por cierta intuición que, si echo la vista atrás, ha determinado mi trayectoria como historiadora y docente.

No sé por qué aquella maleta atrajo mi atención. Desconozco qué mecanismo neuronal la seleccionó entre la multiplicidad de estímulos visuales que se reunían en aquel espacio primorosamente ordenado. Siempre me ha fascinado el carácter selectivo de la atención, la jerarquía de procesos desde los niveles más generales e inespecíficos de activación cerebral hasta los más concretos y diferenciados. Mi nivel de atención no estaba especialmente activado a tan temprana hora de un día festivo, y desde luego no tenía pensado gastar un euro en algo que me resultaba prescindible. Guiada por un inexplicable magnetismo, me acerqué a la estantería y palpé su cuero antiguo y sus desgastados remates dorados. Estaba algo deteriorada por fuera, pero la cara interior estaba como nueva. Sentí el impulso de comprarla, aun siendo consciente de que no iba a encajar en mi casa como objeto decorativo, y que con toda seguridad no le daría el uso para que el que había sido fabricada. Regateé el precio que figuraba en la etiqueta, y el anticuario aceptó una cantidad intermedia, razonable para ambos, convencido de que cerrar una venta con la primera clienta que entraba en su establecimiento le proporcionaría buena suerte para el resto del día.

Sorprendida por mi decisión, pero sin llegar a arrepentirme, me senté a tomar un café en una brasserie de la plaza. La mañana invitaba a disfrutar de la contemplación de la silueta gótica del templo y de su campanario independiente. Di un sorbo y recorrí con los dedos el noble cuero de aquel cabás, palpando sus imperfecciones. Accioné el cierre frontal para examinar de nuevo el interior, y de pronto descubrí una cremallera larga que no había visto en la tienda. Metí la mano para comprobar si contenía algo, y, como si de un truco de prestidigitadora se tratara, extraje un paquete de cuartillas de papel. Al colocarlas sobre la mesa, me llamó la atención que no estuviesen en orden, como si se hubieran caído al suelo y alguien las hubiese recogido precipitadamente. Observé también que unas estaban escritas con tinta azul y otras con tinta negra. Pagué la consumición y regresé a la tienda, para preguntar por la procedencia de la maleta. El anticuario se afanaba en vender a un grupo de turistas alguno de sus hermosos objetos, y apenas me prestó atención. Solo me dijo que la maleta le había entrado unas semanas antes, procedente de España, y que no tenía posibilidad de localizar en ese momento a su colaborador del otro lado de los Pirineos. No pronunció una palabra sobre el contenido, que yo tampoco mencioné.

Dado el deficiente estado de conservación de algunas cuartillas, decidí no manipularlas hasta llegar a Madrid. Antes de tomar el avión, envié un mensaje a mi hermana Patricia, especialista en restauración de libros y documentos, para que me ayudara a ordenar y recuperar aquel inesperado hallazgo. Esa misma noche, se presentó en casa. Se colocó unos guantes de algodón, extrajo el paquete y fue separando las cuartillas con cuidado, examinándolas una a una para realizar un mapa general de daños. Las escritas con tinta azul eran más pequeñas, habían sido usadas sus dos caras, aprovechando al máximo el espacio disponible, y estaban bien conservadas; en una primera lectura en diagonal sobresalía un nombre: MEXIQUE. Las escritas con tinta negra tenían como encabezamiento el membrete personal de Sofía Blasco Paniagua, iban a una sola cara y presentaban salpicaduras ocreas, señales de oxidación y restos pulverulentos de color blanco. Patricia identificó minúsculos agujeros, mutilaciones en las esquinas, manchas rugosas compatibles con cera de vela y líneas poco legibles, por estar

la tinta corrida. En un primer diagnóstico, señaló que la coloración marrón quizá podría ser barro o sangre, y que las partículas blancas probablemente serían polvo de escombros. Especuló con la posibilidad de que hubiesen sido escritas o manipuladas en algún frente de combate o después de algún bombardeo. Su diagnóstico aliviaba mi preocupación inicial e invitaba al optimismo. Se llevó el grupo de cuartillas escritas con tinta negra, que tenían claro formato de autobiografía, y durante unos días limpió la suciedad, las alisó para relajar las fibras del papel y así corregir sus deformaciones, y reparó pequeños desgarros. Dedicó más tiempo a quitar las manchas sobre la grafía que dificultaban la lectura. Me devolvió un paquete totalmente distinto al que contenía la maleta que había comprado en Burdeos.

Dado que la letra de ambos relatos coincidía, era razonable inferir que respondían a la misma autoría, probablemente la de Sofía Blasco Paniagua. El más deteriorado tuvo que ser escrito entre 1936 y 1939 en diferentes localizaciones; el mejor conservado, a bordo del vapor *Mexique*, en el que estuvo embarcada durante quince días. Sin embargo, al no tener la posibilidad de cotejar la grafía con otros documentos, no era descartable a priori que otra persona los hubiera escrito a partir de su testimonio verbal. En cualquier caso, pensé que si había decidido conservar por escrito la historia de su vida quizá se debió a que intuía algún tipo de peligro, a factores vinculados al desenlace de la guerra civil, como el temor a ser detenida, juzgada y fusilada, o a la inminencia de un fatal desenlace por un problema grave de salud.

Durante el proceso de clasificación y ordenación localicé una cuartilla suelta con una indicación revestida de solemnidad y explicativa de la razón de ser de este relato, que he decidido estructurar mediante el criterio de intercalar ambos manuscritos, dando preferencia a la crónica de la travesía del Atlántico, desde Burdeos a Veracruz. Una crónica que inicia en el puerto fluvial de Pauillac en la madrugada del 13 de julio de 1939.

No he llegado a descubrir quién los custodió durante estas ocho décadas, ni mediante qué vía o por qué motivo llegaron hasta el anticuario de la ciudad en la que, precisamente, dio comienzo aquella travesía. Futuras investigaciones quizá puedan ofrecer luz al respecto.

Fuera por casualidad o por efecto de algún plan ideado por esa fuerza sobrenatural que llamamos destino, lo cierto es que la corazonada que tuve aquel soleado domingo ha desembocado en este libro. Por alguna razón, había sido designada para rescatar la voz de Sofía Blasco Paniagua.

Así fue el viaje de los exiliados españoles a bordo del *Mexique*.

Esta es la historia de sus vidas.

Bárbara Salgado